



¿Cómo aprovechar al máximo el resto de mi vida?

¡Bienvenidos de nuevo!

Sólo tenemos una vida ¡Aunque quisiéramos dos!

D. H. Lawrence dijo: «Ojalá tuviéramos dos vidas: la primera para cometer errores y la segunda para aprender de esos errores».

Pero en la vida no hay ensayos, entramos de inmediato a escena.

La cuestión es: ¿Cómo aprovechar al máximo el resto de mi vida?

Todos, o al menos yo, cometemos errores en la vida.

La cuestión es: «¿Y el futuro?

¿Cómo aprovecharlo al máximo?».

San Pablo responde en Romanos 12, 1-2.

Romanos
Capítulo 12
Versículos 1-2

Por lo tanto, les ruego, hermanos y hermanas, que según la misericordia de Dios, ofrezcan su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios —ésta es su adoración espiritual—.

No se amolden nunca más al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente.

Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.

Por lo tanto, les ruego, hermanos y hermanas, que según la misericordia de Dios, ofrezcan su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios —ésta es su adoración espiritual—.

No se amolden nunca más al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente.

Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.

1. ¿QUÉ DEBEMOS HACER?

Primero, ¿qué debemos hacer?

Lo primero que nos dice San Pablo es que rompamos con el pasado.

Nos llama a ser diferentes —versículo 2—: «No se amolden nunca más al mundo actual».

Por «mundo», aquí, San Pablo se refiere al mundo que rechaza a Dios.

J.B. Phillips lo traduce así: «No dejen que el mundo que los rodea los aprisione en su molde».

Eso no es fácil; hay mucha presión para amoldarnos.

Aquí, en un fin de semana como éste, la presión es ser cristiano.

Pero cuando regresen a sus trabajos el lunes por la mañana, la presión será la opuesta.

Es difícil ser diferente.

Supe de un joven policía que estaba haciendo el examen final en la Academia de Policía de Hendon, en Londres.

Las tres primeras preguntas del examen eran fáciles.

Pero al llegar a la cuarta se encontró con esto:

«Usted está patrullando en las afueras de Londres y hay una explosión en una cañería de gas de una calle cercana.

Al llegar, descubre que se ha abierto un cráter en la acera y que hay un vehículo volcado al lado.

En el vehículo, hay un fuerte olor a alcohol.

Sus dos ocupantes, un hombre y una mujer, están heridos.

Usted reconoce que la mujer es la esposa de su inspector de división, que está de viaje en los Estados Unidos.

Pasa un conductor y se detiene para ofrecerle ayuda y resulta ser un hombre buscado por robo a mano armada.

De repente, otro hombre sale de una casa cercana gritando que su esposa, que está embarazada, está a punto de dar a luz debido a la explosión.

Otro hombre pide auxilio; fue arrojado a un canal adyacente por la explosión, y no sabe nadar.

Teniendo en cuenta las disposiciones de la Ley de Salud Mental, describa en pocas palabras qué medidas tomaría».

El policía reflexionó un poco, tomó su pluma y escribió:

«Me quitaría el uniforme y desaparecería entre el gentío».

Ésa es siempre la tentación: quitarnos el uniforme cristiano y desaparecer entre el gentío, ser como los demás porque es mucho más fácil.

Pero estamos llamados a ser inconfundibles, a mantener nuestra identidad cristiana donde estemos y en cualquier circunstancia.

Ésa es la diferencia entre una crisálida y un camaleón.

La crisálida se transformará en una hermosa mariposa.

El camaleón es un reptil lento que cambia de color según el fondo que le rodea.

Ésa es la tentación a la que nos enfrentamos: ser cristianos en un ambiente cristiano; pero si el ambiente es diferente, amoldarnos a ese contexto.

Eso siempre crea tensión en nuestra vida, puesto que somos algo en una situación y algo diferente en otra situación.

Una vez se hizo un experimento con un camaleón para ver cómo respondía a la tensión; lo pusieron sobre un tejido multicolor y, por lo visto, ¡explotó!

Estamos llamados a no amoldarnos al ambiente, sino a ser diferentes.

Ser diferente no significa ser raro.

No estamos llamados a usar algún tipo de vocabulario religioso peculiar o a vestir ropa extraña; de hecho, estamos llamados a ser normales.

Ése es el resultado de una relación con Dios.

Voy a dar tres ejemplos donde deberíamos ser diferentes.

Primero, el área de la crítica, dar puñaladas por la espalda.

Es algo muy común, ¿verdad?

Alguien deja el grupo y la conversación se centra en esa persona; estamos llamados a ser diferentes, quizá a pensar en algo positivo que decir sobre esa persona.

Tal vez no sea fácil, pero... ¡quizá sea buena con su gato!

Lo mismo en el área de las protestas y quejas.

De nuevo, recuerdo muy bien que cuando ejercía como abogado, solíamos salir del juzgado, y solíamos ir a tomar té y la conversación a menudo era negativa, cargada de quejas.

Nos quejábamos de otros abogados, nos quejábamos del cliente, nos quejábamos del juez, nos quejábamos del clima, nos quejábamos del té, ¡nos quejábamos de todo!

Estamos llamados a ser diferentes.

Y luego el área de la moral sexual.

Aquí estamos llamados a demostrar la bendición de guardar los criterios de Dios.

Dios nos ama.

Dios te ama.

Y Dios es el creador del matrimonio.

Dios es el creador del sexo.

Dios inventó el sexo.

¡Él tuvo la idea del sexo!

Dios no nos mira desde arriba pensando: «¡Cielos!,

¿qué se les ocurrirá a continuación?».

C.S. Lewis dijo: «El placer es invento de Dios, no del diablo».

Y la Biblia afirma nuestra sexualidad.

Dios nos hizo seres sexuados.

La Biblia celebra la intimidad sexual: el placer, el gozo y la satisfacción que proporciona.

Pero el inventor y diseñador también nos dice cómo disfrutar al máximo de este don tan hermoso.

Y la Biblia habla de un compromiso de por vida en el matrimonio.

Jesús citó el relato de la creación: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa y los dos se harán un solo cuerpo».

En otras palabras, primero hay un acto público de «dejar», es decir, de hacer un compromiso de por vida.

Segundo, hay un acto de unión profunda, de fusión.

No sólo física y biológica, sino emocional, psicológica, espiritual y social.

Y en ese contexto, la unión en «un solo cuerpo» ocurre.

Además, es designio de Dios que los hijos se críen en un ambiente de amor, compromiso y seguridad.

El Creador, el Inventor nos advierte de los peligros de salir de esos límites, de ignorar las instrucciones, si quieren.

No existe el «sexo ocasional».

Porque todo acto efectúa la unión en «un solo cuerpo».

A veces demuestro esto tomando dos trozos de cartón —uno con la imagen de un hombre y otro con la imagen de una mujer— y pegándolos el uno al otro con pegamento.

Eso significa la palabra hebrea: ‘quedar pegados’.

Y si intentas separar los trozos de cartón, oyes cómo se desgarran, y quedan pedacitos de cada persona sobre la otra.

Eso es lo que vemos a nuestro alrededor.

Por el contrario, vemos bendición al respetar los criterios de Dios —en matrimonios cristianos—.

Y... nunca he conocido a nadie que diga: «Me arrepiento de haber esperado hasta el día de mi boda».

Pero sí a muchos que han dicho: «Ojalá hubiera esperado; porque arruiné mi vida».

La maravillosa noticia es que nunca es tarde.

Se trata del amor que Dios nos tiene y de su redención en Cristo.

Por eso Jesús murió por nosotros: para perdonar nuestro pasado, para purificar nuestro pasado, para que las heridas, si las hay, sean sanadas.

Jesús quiere restaurar plenitud a nuestras vidas y darnos otro comienzo.

Pero San Pablo no escribe esto para condenar.

No dice: «¡Son unos malvados!».

Probablemente escribió esto a un grupo de personas cuyas vidas habían sido...

El mundo antiguo era muy inmoral, y sus vidas probablemente se alejaban del ideal.

No escribe para condenarlos; dice: «No se amolden nunca más al mundo actual».

Estamos llamados a cambiar el mundo y no a ser moldeados por él.

Soy consciente de que esto es contracultural, porque el mundo que nos rodea ya no es así.

Los criterios del mundo son muy diferentes.

Y se requiere mucho valor para tomar una posición y vivir según estos criterios hoy.

Porque la presión para amoldarse es enorme, sobre todo, creo yo, para los jóvenes.

Varios doctores hicieron un experimento para ver cómo la presión de grupo influye en los jóvenes.

Lo que hicieron fue tomar tres carteles, cada uno tenía una línea de longitud diferente: uno tenía una línea larga, otro una línea mediana y el otro tenía una línea corta.

Entonces, reunieron a diez jóvenes.

Nueve de ellos habían sido instruidos aparte para votar por la segunda línea, la mediana, como la línea más larga de todas

Uno de los estudiantes no tenía ni idea de todo eso.

Y era con él con quien hacían el experimento.

Entonces, los que dirigían el experimento mostraban...

Decían: «Voten por la línea más larga».

Al mostrar la línea mediana, los nueve estudiantes instruidos, levantaron la mano y votaron por ésa como la más larga.

¡El décimo estudiante miró a su alrededor atónito!

Y confesó que pensó lo siguiente: «Seguro que no oí bien las instrucciones.

Me habré confundido.

Haré lo que el resto está haciendo o se reirán de mí».

Así que levantó la mano junto con los otros nueve.

Se volvieron a dar instrucciones.

Dijeron: «Queremos que voten por la línea más larga».

De nuevo, al mostrar la línea mediana, nueve manos se alzaron.

Esta vez, el décimo miró a su alrededor ¡sin poder creer lo que pasaba.

Pero otra vez levantó la mano.

Una y otra vez votó con el grupo.

El 75 por ciento de los jóvenes estudiados se comportaron así.

Afirmaron una y otra vez que la línea mediana medía más que la línea larga.

Sólo el 25 por ciento tuvo el valor de oponerse al grupo.

Se necesita valor para no amoldarse al mundo que nos rodea, incluso si en realidad sabemos que estamos en lo cierto.

Eso es lo primero: romper con el pasado. Segundo, empezar de nuevo, ser transformados.

Si son como yo, tendrán cierto miedo al cambio: me gusta la rutina —me acostumbro a la vida como es— y cuando veo... a veces veo a alguien radiante por el amor de Cristo y pienso: «¡Me encantaría estar así!».

Pero luego pienso: «¿Qué significaría en mi vida estar así?».

Cuentan que había dos orugas sobre una hoja un día, cuando vieron pasar a una bonita mariposa volando.

Una se volvió a la otra y dijo: «¡Jamás me subiré a una de éstas!». ¡Historia real!

Poco después de... de mi ordenación, Sandy Millar, mi jefe, el párroco de Holy Trinity, me encargó un funeral.

Era el funeral de una mujer que había vivido en la calle.

Era una mujer «sin techo».

Y algunos... «sin techo», como saben, algunos de ellos son personajes singulares y llegan a hacer muchos amigos.

Pero esta... esta mujer por ser bastante agresiva, por mendigar continuamente y ser muy brusca con todos, tenía pocos amigos. Solía ir por la calle con un carrito de supermercado lleno de bolsas de plástico y de todo tipo de basura que encontraba por nuestra zona.

En una situación como ésta, no es de esperar que venga mucha gente al funeral.

Pero lo que Sandy me contó fue que esa mujer en realidad era muy rica.

Hacía algunos años, había heredado una gran fortuna —millones de libras—.

Tenía un apartamento en un barrio de lujo y poseía muchos cuadros valiosos.

Y como Sandy dijo: «¡Donde hay una herencia, hay parientes!».

¡Y lo comprobé cuando llegué al funeral!

Había primos segundos de Australia, y vino gente de todo tipo al funeral.

Y pensé: «¿Por qué?»; no podía entenderlo.

¿Por qué alguien con tanto dinero escogió vivir en la calle con tanta basura?

Al final alguien me dijo: «Creo que el problema era que ella no quería dejar la vida que conocía».

Y dije: «¡Eso es absurdo!». Pero hay mucha gente que hace cosas más absurdas: se aferran a la basura que hay en sus vidas y por tanto pierden no sólo un apartamento de lujo, ¡sino todos los tesoros que Dios tiene para nuestras vidas!

¿Qué tesoros?

San Pablo los menciona en Romanos 12, 9-21. Dice:

Romanos
Capítulo 12
Versículos 9-21

El amor debe ser sincero. Aborrezcan el mal; aférrense al bien.
Ámense los unos a los otros con amor fraternal, respetándose y honrándose mutuamente.
Nunca dejen de ser diligentes, y sirvan al Señor con fervor espiritual.
Alégrese en la esperanza, muestren paciencia en el sufrimiento, perseveren en la oración.
Ayuden a los hermanos necesitados. Practiquen la hospitalidad.
Bendigan a quienes los persigan; bendigan y no maldigan.
Alégrese con los que están alegres; lloren con los que lloran.
Vivan en armonía los unos con los otros. No sean arrogantes, sino háganse solidarios con los humildes. No se crean los únicos que saben.
No paguen a nadie mal por mal. Procuren hacer lo bueno delante de todos.
Si es posible, y en cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos.
No tomen venganza, hermanos míos, sino dejen el castigo en manos de Dios, porque está escrito: «Mía es la venganza; yo pagaré», dice el Señor.
Antes bien, «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Actuando así, harás que se avergüence de su conducta».
No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien.

El amor debe ser sincero.

Aborrezcan el mal; aférrense al bien.

Ámense los unos a los otros con amor fraternal, respetándose y honrándose mutuamente.

Nunca dejen de ser diligentes, y sirvan al Señor con fervor espiritual.

Alégrese en la esperanza, muestren paciencia en el sufrimiento, perseveren en la

oración.

Ayuden a los hermanos necesitados.

Practiquen la hospitalidad.

Bendigan a quienes los persigan; bendigan y no maldigan.

Alégrense con los que están alegres; lloren con los que lloran.

Vivan en armonía los unos con los otros.

No sean arrogantes, sino háganse solidarios con los humildes.

No se crean los únicos que saben.

No paguen a nadie mal por mal.

Procuren hacer lo bueno delante de todos.

Si es posible, y en cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos.

No tomen venganza, hermanos míos, sino dejen el castigo en manos de Dios, porque está escrito: «Mía es la venganza; yo pagaré», dice el Señor.

Antes bien, «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber.

Actuando así, harás que se avergüence de su conducta».

No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien.

¿Cuáles son estos tesoros?

Éste es el primero: «amor sincero», versículo 9.

La palabra griega es *anypokritos* [ανυποκριτος], que significa 'sin hipocresía'.

Era una palabra usada en el teatro griego, donde el actor llevaba una máscara, llamada «*ypokritos*», de donde derivó «hipócrita».

Y «máscara», supongo, es lo que mostramos cuando no queremos que la gente vea las cosas como son.

Decimos: «No creo que a la gente le guste esto, pero les puede gustar esto otro».

Si lo hace el gobierno, es «cortina de humo».

Si lo hacemos nosotros, es «imagen».

Estamos proyectando algo.

El resultado es que si todos hacemos esto —y la tentación está ahí—lo que obtenemos es un encuentro entre does máscaras.

Una de las cosas maravillosas al experimentar el amor de Dios por nosotros, su amor derramado en nuestros corazones, es saber que Dios nos acepta, aunque conoce lo peor de nosotros; eso nos libera para decir:

«Si Dios me acepta, puedo ser yo mismo y quitarme las máscaras».

Y como consecuencia, gente genuina se relaciona con gente genuina, en, en estrecha relación —algo que no he encontrado, en mi experiencia, fuera de la iglesia cristiana—.

Un nivel muy profundo de relación.

A veces usamos esta imagen sobre el matrimonio: si Dios está aquí y el esposo y la esposa aquí, cuanto más cerca estén de Dios, más cerca estarán entre sí.

Esto puede aplicarse a cualquier relación: cuanto más cerca estemos de Dios, más lo estaremos entre nosotros.

Amor sincero.

Luego, entusiasmo por el Señor —versículo 11—: Nunca dejen de ser diligentes —entusiastas del Señor—.

La experiencia inicial de Dios, del Espíritu Santo, de Jesús no debe desvanecerse.

Dice: Vivan «con fervor espiritual».

No sé qué les ocurrió anoche.

Me pareció, mirando la sala, que había algunos aquí que estaban teniendo una experiencia maravillosa de Dios.

Otros dirán: «Bien, si les soy sincero, no sentí absolutamente nada».

Incluso puede haber alguno que diga: «Para ser sincero, me resultó muy difícil».

La noche de ayer no fue nada fácil.

Para mí, fue un momento bastante difícil».

¿Saben? Eso no importa, en cierto modo.

Lo que importa es: ¿dónde estarás dentro de diez años en tu relación con Dios?

A veces la gente tiene experiencias asombrosas, pero luego se alejan.

Estas experiencias son...

Tenemos altibajos y nuestros sentimientos también.

¡El lunes por la mañana, quizá amanezcas con ganas para absolutamente nada!

De hecho, si trasnochaste hasta las cinco de la mañana, ¡probablemente te sientas horrible al levantarte!

¿Significa eso que no ocurrió nada?

No, claro que no.

Es que estás cansado.

También existe lo que se llama guerra espiritual.

Al entregar tu vida a Cristo, y comenzar a experimentar al Espíritu Santo en tu vida, y moverte en esa dirección, empezarás a sentir cierta tensión en sentido opuesto.

Por eso en la Semana 7 vemos el tema de la guerra espiritual: «¿Cómo puedo resistir al mal?».

Lo importante no es lo que experimentes o dejes de experimentar, sino el futuro.

Es como el matrimonio. Algunos tienen buenas lunas de miel y otras personas no las tienen.

Lo importante es tener un buen matrimonio.

Tengo unos amigos que, en su luna de miel, sufrieron tal quemadura solar ¡que no podían ni tocarse!

Se quemaron el primer día de su luna de miel.

¡Y no pudieron ni tocarse el resto del viaje!

Esta mañana hablé con alguien cuyos abuelos, en su luna de miel, hicieron un viaje por río y el barco se hundió en la primera noche, ¡tuvieron que saltar al agua y tomar un bus de regreso a casa!

Pero 61 años después siguen felizmente casados.

Eso es lo que importa.

Siguiente: relaciones armoniosas.

Vean las palabras de los versículos 9-21: amor, alegría, paciencia, perseverancia, ayuda, hospitalidad, bendición, armonía, humildad, paz, donde el mal no vence al bien, sino que el bien vence al mal.

Éstos son algunos de los tesoros que Dios nos tiene reservados.

Pero para recibirlos, debemos dejar atrás la basura.

Romper con el pasado; empezar de nuevo.

2. ¿CÓMO DEBEMOS HACERLO?

¿Cómo hacerlo?

San Pablo dice: «Les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo».

Es un acto de la voluntad: ofrecer todo nuestro ser a Dios, toda nuestra vida.

Es decir, dar a Dios nuestro tiempo, que es nuestra posesión más valiosa.

Darle todo nuestro tiempo no significa pasar el día leyendo la Biblia y orando —

nuestros trabajos son también nuestra vocación—.

Es muy importante, en nuestro llamado cristiano, el trabajo, y todo lo demás que hacemos.

Pero lo que creo que sucede al decir al Señor: «Señor, puedes tenerlo todo. Te doy todo mi tiempo», es que nuestras prioridades cambian.

Es fácil tener las prioridades un poquito equivocadas.

Encontré algo que...

Era un anuncio auténtico en el *East African Standard* —de hecho un amigo mío lo vio cuando lo publicaron en los anuncios personales—.

Era de un agricultor que estaba buscando esposa.

Y esto es lo que anunció.

Él era de... Nanyuki.

Decía esto: «Agricultor de Nanyuki busca mujer con tractor, con planes de compañía y posible matrimonio.

Enviar foto... del tractor».

Una de las cosas que sucede cuando entregamos todo al Señor es que la gente se vuelve más importante que las posesiones y las cosas, incluso cuando anteriormente ése no fuera el caso.

Y nuestras relaciones adquieren vital importancia.

Primero, nuestra relación con Dios.

Si te estás preguntando dónde estarás en diez años, no creo que haya posibilidad de que mantengas tu relación con Dios a no ser que te comuniques.

Todas las relaciones mueren si no hay comunicación.

Pasemos tiempo con Dios en oración, leyendo la Biblia.

Personalmente —no es obligatorio—, siempre recomiendo, basado en mi experiencia, comenzar el día leyendo este libro y orando.

Creo que cómo empezamos el día influye en el resto de la jornada.

Segundo, con la iglesia, con otros cristianos, el cuerpo de Cristo.

No sé si ya han tenido esta experiencia: vienen el miércoles por la noche y piensan:

«Ah, qué bien me siento aquí.

Cómo me gusta».

Y a medida que pasa la semana, ese sentimiento decae y el miércoles siguiente piensan:

«Mmm, no estoy seguro si volver esta semana».

Y dicen: «Bueno, quizá vuelva».

Y van y piensan: «Está muy bien. ¡Me gusta!».

Y la siguiente semana vuelve a decaer.

¿Saben por qué?

Porque nos necesitamos unos a otros.

Nuestra fe florece y crece en la comunidad.

También entregamos al Señor nuestras ambiciones.

A veces la gente dice: «¿Deben tener ambiciones los cristianos?».

La respuesta de Jesús es: «¡Sí!». De hecho, Jesús nos ordena que tengamos ambiciones.

Dice: «Busquen primero el reino de Dios y todas estas cosas les serán añadidas.

Es decir, ordena bien tus prioridades, que la ambición Número Uno sea la correcta, y todo lo que la gente busca será tuyo también.

Pero no hagas de esas cosas tu ambición Número Uno, porque no son dignas de ser la ambición Número Uno.

Hay gente que a la pregunta: «¿Qué quieres lograr en la vida?»,

Dice: «Quiero ganar mucho dinero.

Ésa es mi meta en la vida: quiero ganar muchísimo dinero».

Pero, ¿no es ésa una ambición triste?

Y... ¿qué sentido tiene?

Si ganaras un millón de libras... «¡Mmm, qué bien!

¿Y ahora qué? Bueno, puedo ganar dos millones, tres millones ¡o diez millones de

libras!».

Y al llegar a los diez... «¿Qué? ¡A por los once millones!».

¿Qué sentido tiene?

Llegas al final de la vida y Dios te dice: «¿Qué hiciste con tu vida?».

«Oh, ¡Gané once coma cinco millones de libras en mi vida! Mira, ¡aquí están!».

Y Dios dice: «¡Bien! ¡Juguemos al Monopoly eterno!».

¿Qué sentido tiene?

Para otras personas, saben, el enfoque de toda su vida es la fama, el éxito, el poder o el estatus.

Dicen: «Quiero ser el presidente de una empresa muy importante».

Quiero ser el presidente de Repsol YPF o General Motors.

¡Quiero ser el Presidente del Banco de Inglaterra!

¡Qué ambición tan patética!

¿No es triste? Y... ¿para qué?

Cuando llegues al cielo...: «¿Qué hiciste con tu vida?».

«Fui Presidente del Banco de Inglaterra».

—«¡Vaya! ¡Nunca nos había llegado uno de éstos!».

¿Y para qué? ¡Es patético, inútil!

Ahora bien, como ambición secundaria, está muy bien.

Si dices: «Mi prioridad es buscar el reino de Dios y su justicia, y creo que el modo de hacerlo es influyendo en la sociedad.

Y quiero ser Presidente del Banco de Inglaterra para poder mejorar la vida de la gente —ésa es una ambición noble, vale la pena querer hacerlo—

O ganar mucho dinero para donarlo y ayudar a los demás.

¡Perfecto!

Pero en sí mismo, es inútil.

El dinero: dar a Dios nuestro dinero.

No se prohíbe la propiedad privada ni ganar dinero ni ahorrar o usar las cosas buenas en la vida, lo que está mal es la acumulación egoísta e interesada, la obsesión enfermiza con el dinero: confiar en las riquezas.

Eso crea inseguridad continua y nos aleja de Dios.

El modo para romper con todo eso es la donación genuina y generosa —que es la respuesta apropiada a la generosidad de Dios y es la forma de acabar con el materialismo en nosotros—.

Damos a Dios nuestros oídos —lo que oímos—.

¿Escuchamos chismes o escuchamos lo que nos edifica?

Nuestros ojos: miramos con envidia y lujuria o miramos a la gente con los ojos de Dios: «¿Cómo puedo transmitir la bendición de Dios?».

Nuestra boca. Santiago, dice en su carta, capítulo 3, habla de la boca como un poderoso instrumento.

Dice: «Con la lengua puedes destruir a alguien».

¿Cuántas personas hoy en día recuerdan algo que se les dijo en la escuela, en la casa o en otro sitio que les hirió y que influyó negativamente en toda su vida?

Por otro lado, piensen lo que hacen las palabras de aliento.

Nuestras manos: ¿Las usamos para quitar o para servir?

La sexualidad —¿para nuestra satisfacción o la guardamos para el bien y el placer de nuestro cónyuge?

No podemos escoger.

Pablo dice: «Ofrezcan su cuerpo [...]».

Y, ¿saben qué?

Ésta es una paradoja extraordinaria: si vivimos para nosotros, vivimos atados, en esclavitud.

Pero si ofrecemos todo a Dios, somos libres.

Por eso dice: «Ofrezcan su cuerpo como sacrificio vivo».

Sacrificio significa que hay un precio.

William Barclay dijo: «Jesús no vino para hacer la vida fácil, sino a engrandecer a la gente».

Si quieres una vida fácil, una vida cómoda, por favor, no te hagas cristiano.

Porque no es fácil ser cristiano.

Pero si quieres una vida plena, satisfactoria, abundante e intensa, entonces, sigue a Jesús.

Quizá debamos renunciar a cosas que nos gustan y quisiéramos mantener.

A largo plazo Dios sólo nos pide que dejemos la basura.

Pero a veces dejar la basura es difícil.

Y en cierto modo dejar la basura es una lucha de toda la vida.

Alguna basura la dejamos enseguida, pero a veces luchamos toda la vida para dejar el resto.

Pero hay que hacerlo.

Lo segundo es: estar dispuestos a ondear su bandera en un mundo bastante hostil.

No sé lo que ocurrirá cuando regresen a sus trabajos el lunes y les pregunten:

—¿Qué tal el fin de semana?

—Muy bien; estupendo, muchas gracias.

—Ah, ¿qué hiciste?

—Bueno, estuve en el campo.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—Mmm... en Sussex.

—¿Dónde exactamente?

—Eh..., en Chichester.

—¿De veras? Conozco Chichester muy bien porque mis padres viven allí. ¿Dónde estuviste?

—Oh, en un lugar... llamado mmm... Bracklesham Bay; seguro que no lo conoces.

—Ah, ¡conozco Bracklesham Bay! ¿Dónde estuviste exactamente?

—Bueno, justo ahí, en Bracklesham Bay.

—¿No hay allí un centro vacacional llamado Nuevo Horizonte? ¿Estabas cerca de ese centro?

—Mmm, de hecho ¡estuve allí!

—¿Qué hacías en ese centro vacacional?

—Bueno, fui con algunos amigos.

—¿Con cuántos amigos fuiste?

—Con... 300 amigos.

—¿Y qué hiciste con 300 amigos en un centro vacacional todo el fin de semana?

—Bueno, estoy... en... un... curso Alpha.

—¿Curso Alpha? ¿Qué es un curso Alpha?

—Bueno, es un... es un... es mmm... es algo mmm... cristiano —¡Aaahh!—.

No sé cómo responderán, ¡pero no les van a matar!

Ni tampoco a arrestar.

Mucha gente en el mundo, si dicen que son cristianos, están en peligro de arresto o, en algunos lugares, de muerte.

Ha muerto más gente por su fe en Cristo en el siglo veinte que en todos los demás siglos juntos.

No siempre es fácil ser cristiano.

3. ¿POR QUÉ DEBEMOS HACERLO?

¿Por qué debemos hacerlo?

Primero, por lo que Dios ha planeado para nuestra vida —versículo 2: «Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta».

Algo que me parece casi demoníaco es la falsa imagen de Dios que a menudo tenemos.

Yo tenía una imagen totalmente falsa de Dios antes de ser cristiano.

Creía que Dios era un aguafiestas —el tipo de persona al que si entregabas tu vida, la destrozaba—; quitaba todo lo bueno y divertido en nuestra vida.

¡Qué absurdo es eso!

Dios nos ama; ¡mucho más de lo que amamos a nuestros hijos!

La voluntad de Dios para nuestra vida es buena.

Es agradable: nos agradará a largo plazo.

Eso no quiere decir que sea fácil o que no haya problemas.

Los cristianos pasan por sufrimiento y dificultades como cualquiera, y además participan de los sufrimientos de Cristo —el rechazo y demás que a veces hay en el mundo—.

Así que no es que no haya problemas.

Pero a largo plazo, al final de la vida, diremos: «¡Qué bueno que hice esto!».

Y es perfecta —no podemos mejorar la voluntad de Dios para nosotros—.

¡A veces creo que pensamos que lo haríamos mejor que Dios!

Creo que, en cierto modo, ésa es la esencia del pecado.

Una especie de independencia.

Cuando nuestros hijos eran pequeños, uno de ellos regresó a casa de la escuela con la tarea de hacer un cartel para un mercado romano de esclavos.

Pasó casi todo el fin de semana trabajando muchísimo y le salió algo precioso.

Usó una pluma especial para escribir en él e hizo un cartel maravilloso para ese mercado de esclavos.

Después de todo el trabajo, el domingo en la tarde, dijo: «Nos pidieron que se pareciera a un pergamino.

Para hacerlo hay que ponerlo sobre una llama de gas muy baja.

Hay que quemar estos agujeros para envejecerlo y que parezca un pergamino».

Mi esposa, Pippa, dijo: «¡Qué bueno! Hagámoslo juntos; te ayudaré».

Él dijo: «No, no. Quiero hacerlo yo solo».

Ella dijo: «Bueno, es muy difícil, ya sabes: fuego y papel... Sería bueno hacerlo juntos».

Se negó: «No, no. ¡Quiero hacerlo solo!».

Bueno, sólo quedó esto del cartel, y muchas lágrimas.

Pero la buena noticia era que aún se podía volver a hacer.

Y esta vez dijo: «Mamá, puedes ayudarme con esto?».

Te puedes sentir así sobre tu vida: «La eché a perder. Sólo queda esto».

La buena noticia es que Dios es un Dios de segundas oportunidades, y terceras y muchas más.

Y podemos volver a empezar; esta vez podemos decirle: «Señor, para el resto de mi vida, ¿podemos hacerlo juntos?».

Lo hacemos por lo que Dios planeó para nuestro futuro y, segundo, por lo que Dios hizo por nosotros.

Su gran amor, sus dones —la única respuesta adecuada...—.

Pablo dice: «Les ruego, hermanos y hermanas, según la misericordia de Dios[...]».

Ése es el resumen de los capítulos 1 al 11 de la carta a los Romanos: Dios ha hecho todo eso por nosotros.

Los pequeños sacrificios que tengamos que hacer por él no son nada comparados con el sacrificio que Jesús hizo por nosotros, que Dios hizo por nosotros, en Cristo, en la Cruz.

Cuando miramos la Cruz, vemos cuánto nos ama Dios.

Y si Dios quiso hacer eso por nosotros, es absurdo no confiar en él sobre las otras cosas de la vida.

San Pablo escribió: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos junto con él, generosamente, todas las cosas?».

Supe de un inglés muy rico, el barón Fitzgerald, que tenía un hijo.

Su hijo salió de viaje y, mientras estaba fuera, murió.

Este hombre rico nunca se restableció de la muerte de su hijo.

Y como su fortuna aumentaba, invirtió en cuadros clásicos de gran valor.

Cuando murió, pidió en su testamento que se vendieran todos los cuadros.

Como tenía una colección enorme, vinieron coleccionistas y museos de todo el mundo, formando una gran multitud.

El día de la subasta, el abogado leyó el testamento, que decía:

«El primer cuadro que se venderá en esta subasta es *De mi amado hijo*».

Era de autor anónimo y de mala calidad.

La única persona que se molestó en hacer una oferta fue alguien que había trabajado para la familia y que había conocido y querido al muchacho. Lo compró por su valor sentimental y por los recuerdos que tenía.

Luego, el abogado leyó la segunda cláusula del testamento: «El que compre *Mi hijo*, se queda con todo. La subasta ha terminado».

San Pablo dijo: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos junto con él, generosamente, todas las cosas?».

«El que compre *Mi hijo* se queda con todo».